

las regiones, miembros u órganos enfermos. Se ve algún transparente, anunciando la curación de almorranas y varices; para hacerlo más llamativo, lleva pintadas unas pantorrillas varicosas. ¡Menos mal que no se le ocurrió pintar las almorranas! ¡Vaya espectáculo para los ramblistas!

Los pequeños anuncios en las guías médicas y telefónicas y en las revistas profesionales, son perfectamente lícitos. En la misma prensa diaria es conveniente anunciar en ocasiones; por ejemplo, con motivo de un cambio de domicilio, al regreso de un viaje o de unas vacaciones o con motivo de haber ampliado las instalaciones auxiliares (rayos X, diatermia, etc.). La discreción en el tamaño y en el redactado de tales anuncios nos permitirá medir la intención de quien los puso, juntamente con el periodo de tiempo en que se inserten. Será sospechoso un anuncio de tamaño exagerado, redactado en forma tendenciosa o repetido innecesariamente, desaparecido ya el motivo que indujo a insertarlo.

Los prospectos repartidos directamente a los transeúntes constituyen siempre una forma incorrecta de propaganda, así como los anuncios propagados por la radio, aun cuando vengan titulados pomposamente de conferencias científicas.

Hay otra forma de propaganda, que podría calificarse de pseudo-científica. Tal es la que hacen quienes mandan a los periódicos repetidas gacetillas suplicadas anunciando que en tal sociedad o academia el señor mengano hará una comunicación sobre el tema equis. Al cabo de unos días, nuevas gacetillas anunciando que se dió la conferencia, que el conferenciante fué muy felicitado y que en la discusión tomaron parte, "aportando valiosos datos"—es la fórmula estereotipada—los señores mengano y perengano; siempre los mismos. Un escueto aviso anunciando el lugar, día, hora y tema de la comunicación o conferencia, es lo más serio; lo demás, son camelos y bombos mutuos. Sociedad hay, cuyo fin primordial parece ser el elogio mutuo—verdadero "Instituto de Camelancia práctica"—movilizándose a cada momento, mandando a los periódicos gacetillas y remitidos, organizando homenajes y sesiones extraordinarias. No faltan las invitaciones a todas las Autoridades habidas y por haber. En suma, mucho ruido y pocas nueces.

Hay, finalmente, el virtuoso de la propaganda—el diivo—que con lo que menos se contenta es organizándose a sí mismo homenajes nacionales con cualquier motivo; por ejemplo, por haber hurgado unas narices con un estilete. Estos virtuosos, que suelen resultar unos frescos, buscan la apoteosis y llegan incluso a producir películas que son esperadas con ansia por todos los públicos del mundo, claro está que para poder patearlas a gusto.

Acabaremos afirmando que la propaganda será más o menos abusiva según el grado de espesor de la epidermis del propagandista. Los hay paquidérmicos y éstos son los que recurren a las propagandas magnas.

Para el médico digno sólo hay un camino para llegar a destacarse de entre los compañeros: el esfuerzo personal continuado hacia un mayor perfeccionamiento técnico y científico.

N. BATTESTINI